

CAPITALISMO GLOBAL, ESTADO NACIONAL Y LOS LÍMITES DE LA REVOLUCIÓN: TRES MOMENTOS CLAVE EN EL SIGLO XX MEXICANO

JOHN TUTINO

EL SIGLO XX DE MÉXICO COMENZÓ EN 1910 con una revolución en la cual las élites que promovían un capitalismo más nacionalista enfrentaban a comunidades que demandaban tierras y autonomías, en una década de conflictos que reestablecieron el poder del Estado, las participaciones populares y el lugar de la nación en América del Norte y el mundo. El siglo dio un giro para los mexicanos en la década de 1930, cuando el presidente Lázaro Cárdenas consolidó el régimen posrevolucionario al acelerar las reformas de tierra y trabajo, y al nacionalizar la industria petrolera. Esto despejó el camino para décadas de desarrollo de capitalismo nacional, marcado por participaciones populares decrecientes. El siglo terminó con la incorporación de México al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994 y con el fin del monopolio del gobierno del PRI en 2000. De esta manera los mexicanos se incorporaron al capitalismo global dinámico dominado en Norteamérica por los Estados Unidos, a la vez que se limitaban las participaciones populares a elecciones periódicas.

A lo largo de estos eventos, desde la violencia de la Revolución hasta los debates sobre el TLCAN y la democratización, el discurso político y el debate público se han centrado en la intersección del desarrollo nacional y el bienestar popular. También de manera persistente, México ha seguido siendo una nación de riqueza concentrada y concentradora, de desigualdades que se profundizan y de injusticias duraderas, cada vez más atadas a los Estados Unidos y a un capitalismo globalizador.

¿Por qué, a pesar de largas tradiciones de movilizaciones populares y promesas nacionalistas, México ha seguido siendo una nación de riqueza concentrada e injusticias reiteradas? Muchos han reflexionado acerca de este dilema.¹ Ya sea que se centren en el carácter nacional o en el régimen

¹ En un principio, Samuel Ramos en su *Perfil del hombre y la cultura en México* (original de

nacional, todos ven la historia de México y, por lo tanto, los retos de México como moldeados por la interacción de los poderosos y el pueblo dentro de la nación. Este análisis pretende iniciar una reconsideración del siglo xx de México por medio de un reconocimiento de que los conflictos revolucionarios, los desarrollos políticos nacionales, las políticas económicas, las movilizaciones populares y sus consecuencias diversas y complejas, se desarrollaron en el contexto de un capitalismo global más dinámico y de más amplio alcance, y de una hegemonía estadounidense en ascenso. Las acciones y reacciones, políticas y programas mexicanos importan, pero importan en un mundo determinado por poderes, políticas y formas de producción que los mexicanos no controlan. Una comprensión de cómo el siglo xx en México comenzó en una revolución y terminó en una globalización neoliberal requiere de exploraciones acerca de cómo México, las comunidades, los poderosos y el régimen, han encarado al mundo entero, formado por el capitalismo y el poder de los Estados Unidos.

Mi tesis es ésta: Durante un siglo xx que comenzó en revolución nacional y terminó en globalización encubierta, acompañada de una democratización emergente pero limitada, el poder nacional mexicano y las movilizaciones y aspiraciones populares mexicanas fueron constreñidas por la hegemonía estadounidense y por la incorporación continua en un mundo capitalista que opera (dejando de lado la retórica) para concentrar riqueza y poder y para generar pobreza y desigualdad, explotación e injusticia. La gente de México se ha esforzado en resistir esta tendencia, desde los levantamientos revolucionarios de Zapata y Villa después de 1910, hasta la movilización de la sociedad civil que demandó democratización en la década de 1990. Los contendientes y gobernantes políticos mexicanos han negociado entre el poder de Estados Unidos y el capitalismo global, y las aspiraciones del pueblo de México.

Mi objetivo es ilustrar esta noción enfocándome en tres momentos clave en la historia de México en el siglo xx, tiempos de conflicto y cambio, durante los cuales las relaciones entre Estados Unidos, el capitalismo glo-

1934) y Octavio Paz en el influyente *Laberinto de la soledad* (1950) buscaron respuestas en exploraciones sobre el carácter nacional. Más recientemente, intelectuales que van desde Pablo González Casanova en *La democracia en México* (1965), Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer en *A la sombra de la Revolución Mexicana* (1989), Luis Medina en *Hacia el nuevo Estado* (1994), hasta *Cien años de confusión* de Macario Schettino (2007), se enfocan en la política mexicana. Buscan explicaciones para el desarrollo incierto de México y la exclusión social en las instituciones y planes políticos y económicos nacionales. Se ofrecen en la bibliografía –con excepción de Medina y Schettino– versiones en inglés de los libros anteriores.

bal, el Estado mexicano y las aspiraciones populares mexicanas, se replantearon.²

Barrington Moore y Adolfo Gilly escribieron estudios paralelos, pioneros, en los años sesenta y principios de los setenta. En *Social Origins of Dictatorship and Democracy*,³ Moore analizó las relaciones diversas y cambiantes entre las élites terratenientes y capitalistas, los campesinos y trabajadores, para mostrar cómo diversos Estados alcanzaron la democracia capitalista, el fascismo capitalista y el socialismo de Estado en tiempos de la Segunda Guerra Mundial. En *La revolución interrumpida*,⁴ Gilly desarrolló un análisis semejante para mostrar cómo la Revolución mexicana condujo hacia el capitalismo autoritario. Ambos trabajos tuvieron una profunda influencia, Moore globalmente, Gilly en México y por toda América Latina. Ambos tuvieron límites. El análisis de Moore parecía mostrar cómo sociedades clave tomaron diferentes rutas para contender por el poder global; cuando aplicó su modelo a la India se enfrentó con una excepción. Más allá de la India, ignoró las diversas sociedades en el mundo “en vías de desarrollo”. Gilly demostró cuán cerca estuvo la alianza zapatista-villista de reclamar el poder nacional en el otoño de 1914; planteó la debilidad política inherente de la clase campesina para explicar el cambio rápido al poder constitucionalista en 1915.

A principios de la década de 1980, Skocpol agregó “contexto internacional”⁵ para revisar el modelo de Moore de las revoluciones y el desarrollo nacional, enfocándose aún en los contendientes por un poder global. Katz agregó una dimensión internacional a la comprensión de la Revolución mexicana, al integrar la guerra y la diplomacia internacional con los conflictos sociales y políticos.⁶ Skocpol destacó la guerra y las finanzas internacionales; Katz se enfocó en la guerra y el poder diplomático. Juntos dejaron claro que tratar la historia socio-política —como Moore y Gilly— seguía siendo importante, pero requería considerar las relaciones de poder internacional para analizar mejor los desarrollos nacionales. Ese fue el contexto en el cual escribí *From Insurrection to Revolution in Mexico*,⁷ que se enfoca en

² El análisis emergió cuando me familiaricé de nuevo con los trabajos de dos importantes estudiosos de la era de la Revolución, Adolfo Gilly y Friedrich Katz; y toma contexto con un grupo de teóricos sociopolíticos, con bases históricas: Barrington Moore, Theda Skocpol, Fernando Henrique Cardoso, Jeffrey Paige.

³ Barrington Moore, *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon Press, 1966.

⁴ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, México, El Caballito, 1971.

⁵ Skocpol, *States and Social Revolutions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

⁶ Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico*, Chicago, University of Chicago Press, 1981.

⁷ Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico: Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940*, Princeton, Princeton University Press, 1986.

las relaciones entre las élites y los productores para explicar las revoluciones y sucesos de Estado en México; hacía referencia limitada a la guerra y diplomacia internacionales y sólo rozaba la incorporación de México en un mundo capitalista más amplio.

Los años noventa trajeron nuevo énfasis en el poder internacional, especialmente el poder económico internacional, en un intento de explicar el siglo xx de México. Al reconsiderar el momento crucial de la Revolución de México, en 1914-1915, regresé a Gilly, agregué las perspectivas de Alan Knight y John Hart, y argüí que los constitucionalistas encontraron la victoria frente al poder popular utilizando la riqueza del henequén y del petróleo, poder derivado de la inserción de México en el capitalismo global.⁸ Jonathan Brown profundizó esa comprensión en *Oil and Revolution in Mexico*.⁹ Entonces, en 1994, el mismo año que el régimen mexicano consolidó la incorporación de México bajo el poder de Estados Unidos al capitalismo global vía TLCAN, Gilly publicó *El cardenismo: una utopía mexicana*.¹⁰ Esta obra maestra integra las fuerzas sociales y políticas dentro de México, así como las relaciones diplomáticas con Estados Unidos cuando la Segunda Guerra Mundial apareció en el horizonte y el rol del petróleo se enarbolaba en el capitalismo mundial.

Coincido con la visión de Gilly sobre la trascendencia de 1914-1915 en la determinación del curso de la Revolución mexicana, a lo que sumo la importancia de los vínculos entre los constitucionalistas y el capitalismo global. Igualmente considero certero su análisis de 1938, como el segundo momento clave en el siglo xx de México; pues en ese momento Cárdenas restableció el Estado mexicano, entre el poder de Estados Unidos, el capitalismo global y las fuerzas populares movilizadas en México. Y, al contemplar la importancia de 1994 –el tercer momento clave en el siglo xx de México– extendemos la perspectiva de Gilly acerca de México hacia el contexto contemporáneo del poder de Estados Unidos y el capitalismo global.

Al integrar las comprensiones en evolución de Moore y Gilly, Skocpol y Katz, Tutino y Brown, me ha influido el énfasis que ofrecen Fernando Henrique Cardoso, Richard Adams y Jeffrey Paige acerca de la forma en que los poderes internacionales moldean las políticas nacionales. En su ensayo clásico, “Associated Dependent Development”,¹¹ Cardoso insistió en que la de-

⁸ Tutino, “Revolutionary Confrontation, 1913-1917: Regional Factions, Class Conflicts, and the New National State”, en Thomas Benjamin y Mark Wasserman (eds.), *Provinces of the Revolution*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990.

⁹ Jonathan Brown, *Oil and Revolution in Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1993.

¹⁰ Gilly, *El cardenismo: una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994.

¹¹ Fernando Henrique Cardoso, “Associated Dependent Development: Theoretical and

pendencia no era –de hecho, no podría ser– simplemente impuesta desde afuera a las naciones que luchaban para “desarrollarse”, ni por el capitalismo global ni por una hegemonía política poderosa. Casi siempre, las élites nacionales funcionan como mediadores esenciales de la hegemonía capitalista; así se derivan riqueza y alianzas de poderes externos para consolidar el mandato del Estado, las concentraciones económicas, y las ventajas sociales, a menudo contra fuerzas populares movilizadas. Adams, en *Energy and Structure*,¹² amplió esa visión para demostrar que, de maneras diferentes en épocas cambiantes, los Estados nacionales, las élites nacionales y los grupos populares pueden ligarse a poderes externos –militares, políticos o económicos– buscando la ventaja en las luchas por el poder nacional. Más recientemente, Paige, en *Coffee and Power*,¹³ analizó las revoluciones de América Central a finales del siglo xx; mostró que el énfasis de Moore –sobre cómo las constelaciones cambiantes de las fuerzas productivas que ligan al poderoso y al trabajador pobre dan forma a los poderes del Estado– sigue siendo una herramienta poderosa, en especial si se analiza en el contexto de poderes del Estado hegemónicos externos y de compromisos cambiantes con el capitalismo globalizador.

El resultado, espero, es un acercamiento más complejo a la historia nacional en el contexto global y a una mejor comprensión del siglo xx en México. Comienzo con una afirmación fundamental: El capitalismo dio forma a la Nueva España y a México desde muy pronto después de la conquista española. Las luchas de la nación mexicana en el siglo xx son una culminación de una larga historia; en ella, los regímenes han negociado entre los poderosos que intentaban maximizar los beneficios y las comunidades que luchaban para sostener vidas viables. Todo esto ha ocurrido desde la Colonia, ante las fuerzas productivas globales que concentran el poder y determinan la vida diaria.

DENTRO DEL CAPITALISMO: DEL NÚCLEO COLONIAL A LA DEPENDENCIA NACIONAL

Hace décadas, Fernand Braudel arguyó que el capitalismo comenzó al inicio de los tiempos modernos.¹⁴ Fue más allá del punto de vista marxista

Practical Implications”, en Alfred Stepan (ed.), *Authoritarian Brazil: Origin, Policies, and Future*, New Haven, Yale University Press, 1973, pp. 142-178.

¹² Richard Adams, *Energy and Structure*, Austin, University of Texas Press, 1975.

¹³ Jeffrey Paige, *Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America*, Cambridge, Harvard University Press, 1998.

¹⁴ Fernand Braudel, *Civilization and Capitalism*, vol. 2: *The Wheels of Commerce*, trad. de Sian Reynolds, Nueva York, Harper and Row, 1982.

clásico (y anglo-céntrico) que considera que el capitalismo llegó con la industrialización británica alrededor de 1800. Y ofreció un marco de referencia para comprender el largo desarrollo del capitalismo como una forma, cada vez más generalizada, de ejercer el poder al gobernar e integrar la producción y el comercio. Enfatizó que, alrededor de 1500, el mundo estaba poblado principalmente por campesinos, familias y comunidades que en primer término producían para mantenerse, y sólo de manera secundaria se involucraban en el comercio o aportaban bienes o dinero, trabajo o servicios, para mantener a los gobernantes. Un mundo limitado pero en expansión, determinado por los mercados, se desarrolló sobre ese vasto dominio de productores autónomos, balanceando los excedentes y necesidades en intercambios que, frecuentemente, eran locales (aunque cada vez se volvían más extensos, aun interoceánicos). Y conforme los mercados proliferaban, camarillas de capitalistas –calificados por Braudel como rapaces– pusieron la mira en el control de los recursos, la producción y el comercio, para acelerar la expansión del mercado, para obtener ganancias mientras invadían y limitaban los dominios de subsistencia autónomos siempre que era posible. Esta visión captura la progresión histórica de comercios regionales a globales entre 1500 y 1800; el surgimiento de industrias concentradas que dominaban mercados dispersos, después de 1750; y la globalización del siglo xx, formada por los poderes financieros concentradores, la producción dispersa y las brechas cada vez más amplias entre los prósperos y los desposeídos. Durante todo este tiempo, las poblaciones favorecidas por autonomías de producción han enfrentado incursiones del mercado. Al final del siglo xx, sus autonomías se extinguían rápidamente.

La Nueva España y México participaron en cada una de las fases del surgimiento largo y complejo del capitalismo. En el siglo xvi, China tenía la mayor población, la producción más avanzada, los mercados más dinámicos y la mayor demanda de plata en el mundo. Europa, que apenas emergía del colapso demográfico, los conflictos políticos y la consolidación campesina del siglo de la plaga, buscaba sedas chinas y especias asiáticas. Al producir muy poco que fuera de interés para los gobernantes o consumidores asiáticos, los europeos pagaban en efectivo. En la década de 1550, el imperio Qing designó por mandato a la plata como la única moneda aceptada para el pago de impuestos; el metal blanco se convirtió en la moneda corriente predominante del mayor Estado y economía del mundo.¹⁵

Para comerciar con China, los europeos necesitaban plata. Fortuitamente, los españoles habían conquistado recientemente el imperio inca y

¹⁵ Dennis Flynn y Arturo Giraldez, "Born with a 'Silver Spoon': The Origins of World Trade in 1571", *Journal of World History*, vol. 6, núm. 2, 1995, pp. 201-221.

a los diversos pueblos de Mesoamérica. En la década de 1540, encontraron montañas de plata en Potosí, Zacatecas y otras partes. En los Andes y en Mesoamérica, los españoles construyeron economías de plata que integraron en comunidades indígenas establecidas, adaptando los esquemas de producción y de trabajo nativos para construir todo y aportar comida, ropa y otros bienes para sostener la minería. Las comunidades nativas fueron reconstituidas como repúblicas. Los pueblos, reducidos radicalmente por una despoblación causada por las viruelas y otras enfermedades, fueron preservados como un sector de subsistencia y reserva de trabajadores para sostener la economía de la plata, dominada por los capitalistas poderosos, frecuentemente rapaces. Al norte de Mesoamérica, desde el Bajío y Guanajuato pasando por Zacatecas, San Luis Potosí y más allá, la minería de plata promovió una economía completamente comercial en regiones donde antes de la Colonia no había Estados y las comunidades de cultivo eran escasas. La Norteamérica española se desarrolló como una saliente temprana del capitalismo ampliamente comercial, impulsado por una demanda de plata que estimuló la producción y los comercios globales en el Nuevo Mundo. Después de 1590, más o menos una tercera parte de la plata americana pasaba directamente a Manila y continuaba a Asia en galeones zarpados de Acapulco; el resto iba a Europa, donde estimulaba la producción y el intercambio hacia el mundo islámico y el sur de Asia, para por fin llegar a China.

Para 1600 la globalización había comenzado; el comercio impulsado por la plata estimuló el desarrollo a lo largo de la América española. La Nueva España, especialmente las regiones que van desde Puebla y la Ciudad de México hacia el norte, eran centrales en el dinamismo del capitalismo global temprano. Hacia finales del siglo XVIII, el Bajío, con las minas de Guanajuato, los textiles de Querétaro y el cultivo comercial irrigado en tierras ricas, era la región capitalista más dinámica de las Américas. Y ahí, en una región casi sin repúblicas indígenas con derechos a tierras, y con nuevas presiones de la población que dejaban a los trabajadores más necesitados y explotables, los empresarios en minas, textiles y agricultura comercial, se volvieron cada vez más rapaces. Al terminar el siglo XVIII, dos variantes del capitalismo comercial alteraban la Nueva España: en la Mesoamérica española, alrededor de la Ciudad de México y hacia el sur y el este, el capitalismo de la plata dependía de —y estaba limitado por— comunidades indígenas permanentes con derechos a la tierra y al mandato local. En la Norteamérica española, desde el Bajío hacia el norte, el capitalismo de la plata floreció sin límites en su dinamismo económico o en sus rapacidades sociales.¹⁶

¹⁶ Tutino, *Making a New World: Founding Capitalism in the Bajío and Spanish North America*, Durham, Duke University Press, 2011.

Después de 1750, la demanda china comenzó a disminuir; el precio chino de la plata—que alguna vez estuvo al doble del precio mundial—cayó. Los europeos, por su parte, necesitaban más plata para ganar las mismas cantidades de mercancías chinas.¹⁷ Los poderes atlánticos fueron arrastrados por una ola creciente de guerras—militares y comerciales—que pretendían reclamar cuotas cada vez más grandes de la plata de las minas de la Nueva España, donde la producción y las presiones sociales alcanzaron sus niveles más altos a partir de la década de 1770 y hasta 1810. Cuando Napoleón, en su búsqueda de la hegemonía europea y atlántica y de las ganancias y comercios de la plata de la Nueva España, derrumbó la monarquía española en 1808, inició los conflictos que llevaron a la independencia mexicana¹⁸ y a una década de revolución que transformó todo en el Bajío hacia 1821. Una vez el centro del capitalismo del Nuevo Mundo, hacia 1820 la región vio sus minas inundadas y poco productivas, sus grandes tiendas textiles cerradas, sus vastas propiedades fragmentadas en ranchos familiares. Una década de insurrección colapsó el sector minero y socavó el capitalismo, dejando una sociedad de producción familiar en artesanías y cultivos. En medio de una transformación económica global y de una guerra por la independencia, la revolución del Bajío forjó, entre los fragmentos del capitalismo rapaz, a una sociedad comercial ampliamente participativa.¹⁹

De la independencia en 1821 a la consolidación de la república liberal en 1867, los mexicanos vivieron los conflictos y las dislocaciones inevitables de las transformaciones poscoloniales. Lucharon por forjar un Estado nacional, debatieron formas de avance económico e hicieron frente a pueblos indígenas con sus propias visiones de la independencia. Mientras tanto, Gran Bretaña emergió victoriosa de las guerras napoleónicas; ahora potencia militar dominante en el mundo atlántico, construía un nuevo capitalismo industrial. La tela británica recabó mercados siempre en expansión; impulsó una economía basada en el algodón y los esclavos, la cual se desarrolló en dirección al oeste a lo largo de lo que es ahora el sur de Estados Unidos, y estableció una competencia industrial en el norte del continente. Mientras que los mexicanos luchaban para construir una nación y para reconstruir una economía hecha pedazos por contiendas revolucionarias, el mundo y el capitalismo cambiaron. La Nueva España había florecido (y había explotado a su gente diversa) como un motor dinámico del capita-

¹⁷ Flynn y Giraldez, "Cycles of Silver: Global Economic Unity through the Mid-Eighteenth Century", *Journal of World History*, vol. 13, núm. 2, 2002, pp. 391-427.

¹⁸ Alfredo Ávila, *En nombre de la nación*, México, Taurus, 2002.

¹⁹ Tutino, "The Revolution in Mexican Independence: Insurgency and the Renegotiation of Production, Property, and Patriarchy in the Bajío, 1800-1855", *Hispanic American Historical Review*, 1998, vol. 78, núm. 5, pp. 367-418.

lismo comercial temprano; México nació enfrentando una transición sin precedente hacia una condición que sería definida más adelante como “subdesarrollo”; es decir, determinada por la búsqueda de maneras de “alcanzar a los demás” en una nueva economía global en que México carecía de capital, la tecnología y los recursos para competir en la producción y la prosperidad.

Así que la nueva nación pidió préstamos a los inversionistas británicos, quienes décadas antes habían luchado para tener acceso a la plata mexicana. Las compañías británicas trajeron la tecnología del vapor para drenar las minas que alguna vez habían permitido la expansión hacia el norte y el comercio global. La transición rindió una lenta reactivación en Zacatecas en la década de 1830 y en Guanajuato en la década de 1840; pero antes de que México pudiera consolidar un nuevo Estado y economía, Estados Unidos desató una guerra tras la que se apoderó de la mitad norte del territorio mexicano, las tierras abiertas para la expansión de una economía minera sustentada por el cultivo irrigado y el pastoreo comercial. Después de 1848 ocurrió la reactivación del capitalismo en el oeste de Estados Unidos en lo que había sido la Norteamericana española. La fiebre del oro de 1849 promovió el pastoreo comercial, el cultivo irrigado y el floreciente comercio en California; el auge de la plata condujo a un desarrollo paralelo en el Colorado de la década de 1860; hubo posteriores réplicas en Arizona, Nevada y Montana, territorios que le habían sido quitados a México por Estados Unidos.²⁰

Las décadas de 1850 y 1860 trajeron otra ronda de conflictos divisivos: el liberalismo radical, la Guerra de Reforma, la invasión francesa, el imperio impuesto de Maximiliano y, el más mortal de todos, la Guerra Civil estadounidense. Cuando en 1867 los conservadores mexicanos fueron derrotados, las tropas francesas se habían ido, Maximiliano había sido ejecutado y Benito Juárez tenía la mira puesta en el establecimiento de un Estado nacional y un desarrollo liberal acelerado; mucho del capital generado por el impulso continuo hacia el norte de la economía minera era controlado por los capitalistas norteamericanos, recientemente victoriosos en su guerra para preservar la Unión. El nuevo régimen mexicano, primero con Juárez y después con Porfirio Díaz, tenía muy pocas opciones, aparte de buscar la inversión norteamericana, si quería sostener el desarrollo capitalista.²¹

²⁰ Tutino, “Capitalist Foundations: Spanish North America, Mexico, and the United States”, en John Tutino (ed.), *Mexico and Mexicans in the Making of the United States*, Austin, University of Texas Press, 2012.

²¹ Hart, *Empire and Revolution*, Berkeley, University of California Press, 2002.

El Porfiriato demostró ser una era característica de subdesarrollo capitalista. El capital venía del exterior, cada vez más de Estados Unidos. Lo mismo ocurriría con las tecnologías para construir ferrocarriles, reactivar las minas de plata y, más adelante, desarrollar el cobre y el petróleo. Las ganancias fluían así a los capitalistas extranjeros y, en menor grado, a sus aliados mexicanos. La mayoría mexicana luchaba al enfrentar presiones y transformaciones diversas: los liberales mexicanos privatizaron las tierras comunitarias, con que promovieron el desarrollo capitalista pero aceleraban la falta de tierras y la disponibilidad de trabajadores desesperados. Las nuevas industrias crearon nuevas clases laborales que luchaban para organizarse, para reclamar salarios justos y defender los derechos básicos. Las nuevas clases medias encontraron oportunidades educativas y económicas, a la par que enfrentaban dependencia y exclusión política. Los líderes políticos y empresarios nacionales (frecuentemente las mismas personas o de las mismas familias) negociaban el poder y las ganancias, sabiendo que, en última instancia, ellos no eran los que mandaban.

La Nueva España se desarrolló en el centro del capitalismo comercial temprano desde el primer auge de la plata de finales del siglo XVI. Se volvió una de las regiones más dinámicas del mundo, que abasteció con plata la producción y el comercio globales del siglo XVIII. Después, las dinámicas globales cambiantes, las rivalidades imperiales que iban en escalada, el derrumbe del imperio español, la revolución del Bajío, la independencia nacional y el surgimiento de un nuevo capitalismo industrial anglo-americano entre 1800 y 1850, se combinaron todos para dejar a México sujeto a las depredaciones territoriales de Estados Unidos y relegado a la dependencia de capital estadounidense dentro de un capitalismo atlántico-global de la década de 1860 en adelante. La Nueva España había sido crucial para el surgimiento del capitalismo global desde su origen; México quedó inmerso en un nuevo capitalismo industrial después de la independencia, aún más constreñido por una dependencia sin precedentes. En esta comprensión de la historia de la Nueva España y México en el mundo, la revolución que comenzó en 1910 fue un conflicto largo y violento sobre el rol de México –mejor aún, de diversos mexicanos– en el mundo moldeado por la segunda etapa, industrial, del capitalismo global. Durante los años de 1910 a 1920, la hegemonía británica, desafiada en Europa, África y Asia por los alemanes y otros competidores europeos, enfrentaba una Gran Guerra que abrió el camino para el dominio de Estados Unidos –en las Américas y luego en Europa y el mundo. El curso y los resultados de la Revolución mexicana dependieron en buena medida del poder duradero del capitalismo y del aumento del poder de Estados Unidos.

EL CRISOL REVOLUCIONARIO DE 1914-1915: PARTICIPACIÓN
EN EL CAPITALISMO PARA BLOQUEAR EL PODER POPULAR

La Revolución mexicana comenzó cuando la crisis política desató conflictos originados en las hondas contradicciones de décadas de desarrollo capitalista, dinámico pero dependiente.²² Para 1914, los capitales agrarios de México (la mayoría de los hacendados eran capitalistas agrarios) enfrentaban el asalto de las comunidades zapatistas que demandaban tierra y autonomía. Los empresarios industriales de México se dividían entre inversionistas extranjeros en ferrocarriles, minas y petróleo, e inmigrantes financieros que dominaban los textiles y el gran comercio. Los hacendados estaban sitiados y los líderes industriales frecuentemente no eran mexicanos —o apenas se estaban volviendo mexicanos. En estas circunstancias, los aspirantes políticos, desde Madero hasta Carranza y Obregón, el núcleo constitucionalista, hicieron del nacionalismo la forma revolucionaria de revivir un México capitalista. Se enfrentaron por el poder estatal nacional contra una alianza de Zapata, la personificación política de las comunidades agraviadas de la Mesoamérica mexicana, y contra Villa, que movilizó a los vaqueros descontentos, los trabajadores mineros y los cultivadores de la Norteamérica mexicana en un levantamiento al mismo tiempo nacionalista y popular. Los trabajadores industriales o bien se hicieron a un lado, como en el petróleo, o se unieron a los constitucionalistas.²³

Los constitucionalistas perseguían una revolución nacionalista dentro del capitalismo; los revolucionarios populares alrededor de Zapata lucharon por las tierras y autonomías comunales que constreñirían al capitalismo; y los norteños con Villa mezclaron el nacionalismo con visiones de participaciones más compartidas en una economía de mercado. No hubo una sola Revolución mexicana después de 1910; hubo por lo menos tres, con incontables variaciones dentro de cada una y diversos oponentes en todos lados. No sorprende que los conflictos fueran mortales, duraderos e impredecibles.

Todo llegó a una culminación desde el otoño de 1914 al verano de 1915, el momento crucial identificado por Adolfo Gilly en *La revolución interrumpida*. Después de que las tres facciones revolucionarias se aliaron para expulsar a Victoriano Huerta y los restos del viejo régimen, se fragmentaron en el otoño de 1914. Villa gobernó el norte, Zapata rodeó la capital y el sur, y Carranza y Obregón se refugiaron en la costa en Veracruz,

²² Tutino, "Globalizaciones, autonomías y revoluciones", en Reina y Servín (eds.), *Crisis, reforma y revolución*, México, Taurus/Conaculta/INAH, 2002, pp. 25-85.

²³ Gilly, *La revolución interrumpida*; Tutino, "Revolutionary Confrontation, 1913-1917".

enfrentando la eliminación de la lucha para re-crear México. La alianza de los dos movimientos populares parecía estar equilibrada para gobernar México. Sin embargo, enfatizó Gilly, seis meses después, en el verano de 1915, los constitucionalistas gobernaron la capital y mucho más, Villa se había retirado a su base en el norte y Zapata se había atrincherado en una lucha defensiva en Morelos. Los constitucionalistas habían ganado el poder para reformar a la nación, aún cuando los villistas, y especialmente los zapatistas, continuaban presionado con las demandas populares.

Gilly, como la mayoría de los analistas, explicó la inversión del poder popular –la interrupción de la revolución– aduciendo las dinámicas mexicanas internas. Los dos movimientos populares eran profundamente diferentes en metas y bases y les faltaban visiones de un proyecto de Estado nacional. Mientras tanto, Carranza, Obregón y los constitucionalistas ofrecían una visión nacional y nacionalista clara; construyeron una coalición nacional entre diversos sectores poderosos, medios y algunos actores laborales para promoverlo. No estaba errado. Estudios subsecuentes complicaron la explicación de Gilly. Friedrich Katz mostró que Villa construyó poderes estatales efectivos;²⁴ Arturo Warman arguyó que Zapata tenía una visión política, un federalismo asentado en autonomías locales.²⁵ Ni las debilidades organizacionales ni las ideológicas explican la derrota de los dos movimientos populares. Las diferencias entre ellos, que reflejan las bases de Zapata en las formas mesoamericanas, que eran profundamente comunales, y la representación de Villa de tradiciones comerciales norteamericanas más individualistas, debilitaron la alianza, pero no lo suficiente como para explicar el triunfo de los constitucionalistas en 1915.

Parte de la explicación más completa radica en la adopción cínica de Carranza de los aspectos fundamentales del programa agrario de Zapata, con la que prometía tierra a los campesinos en su famoso decreto de 1915. Más importante estratégicamente, en 1914 y 1915 los constitucionalistas ligaron sus aspiraciones “nacionalistas” a Estados Unidos y a las dinámicas del capitalismo transnacional, a la par que la Gran Guerra se cernía en Europa. Cuando ocuparon Veracruz en el otoño de 1914, al irse los marinos estadounidenses, los constitucionalistas proclamaron un triunfo nacionalista. Pero como reveló la investigación de John Hart en los archivos militares de Estados Unidos,²⁶ las fuerzas estadounidenses no sólo partieron del estratégico puerto atlántico en Veracruz, sino que dejaron a Carranza un

²⁴ Véase de F. Katz, *The Secret War in Mexico*, Chicago, University of Chicago Press, 1981; y *The Life and Times of Pancho Villa*, Stanford, Stanford University Press, 1998.

²⁵ Arturo Warman, “The Political Project of Zapatismo”, en Friedrich Katz (ed.), *Riot, Rebellion and Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 1988.

²⁶ John Hart, *Revolutionary Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1987.

buen abasto de armas y municiones que habían sido enviadas por barco para la ocasión. Mientras que Estados Unidos profesaba neutralidad y Carranza mantenía una retórica nacionalista, los estadounidenses le entregaron el puerto y una cantidad sustancial de armas a la facción mexicana más comprometida con el desarrollo del capitalismo. Esto no fue un accidente; dio a Carranza la oportunidad de revivir su lucha por el poder nacional.

Aún así, la promesa de Zapata de justicia agraria y el compromiso popular de Villa los mantuvieron sólidamente arraigados ante las mayorías populares. En su decreto agrario de enero de 1915, Carranza se apropió de la promesa de tierra de Zapata, dando instrucciones a sus generales de garantizar tierras a las comunidades conforme luchaban desde el Golfo de regreso hacia la capital. El tiempo reveló que la promesa de Carranza fue un engaño cínico, aunque algunos de sus consejeros y comandantes estaban más comprometidos con la justicia rural. En el corto plazo, las armas norteamericanas, las ganancias aduanales de Veracruz y el apoyo de los campesinos felices de ganar tierra, permitieron a los constitucionalistas dividir a Villa y a Zapata y retomar la capital.

Carranza demostró entonces que entendía cómo tomar el poder nacional en una nación capitalista dependiente. En la primavera de 1915, envió fuerzas bajo el mando de Salvador Alvarado para invadir Yucatán en el nombre de la revolución constitucionalista, prometiendo justicia a la mayoría y promoviendo la producción y exportación de la fibra de henequén, esencial para la agricultura de Estados Unidos y las fuerzas de guerra navales del Atlántico. Yucatán y el henequén prometían ganancias ricas para las fuerzas carrancistas.²⁷ Carranza también despachó tropas a los campos petroleros alrededor de Tampico, en la costa norte del Golfo, pues ofrecían posibilidades de incrementos en la producción y ganancias conforme las fuerzas del Atlántico ingresaban a la guerra con navíos abastecidos de petróleo.²⁸ Al recibir depósitos de armas estadounidenses y enmascarar esa dependencia con retórica nacionalista, al usurpar el programa agrario profundamente popular de Zapata (mientras servía a sus propósitos políticos) y, especialmente, al promover la participación mexicana en la economía del mundo capitalista en guerra y reclamar sus ganancias que iban en aumento, Carranza y los constitucionalistas aprovecharon el momento histórico de 1914-1915 para derrotar y marginar a las fuerzas populares de Zapata y Villa, con lo cual reclamaban el Estado nacional para la facción revolucionaria menos revolucionaria.

²⁷ Gilbert Joseph, *Revolution from Without*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

²⁸ Jonathan Brown, *Oil and Revolution in Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1993.

Carranza mantuvo el redoble de tambores de la retórica nacionalista y agraria al mismo tiempo que dio la espalda a las comunidades laborales y agrarias en 1916; permitió a sus generales escribir una constitución radical en 1917 y dejó sin implementar las estipulaciones radicales claves. Al final conspiró para asesinar a Zapata en 1919; en la década de 1920 Villa fue asesinado. La reforma agraria se implementó sólo cuando la movilización rural se volvió esencial para preservar el mandato Constitucionalista; Obregón se dirigió a los zapatistas sobrevivientes en 1920 para que le ayudaran a sacar a Carranza. Él y Calles movilizaron el apoyo agrario para derrotar la oposición de De la Huerta en 1923; Calles movilizó a los que habían recibido tierra para luchar contra los rebeldes cristeros después de 1926. La reforma agraria fue una necesidad política, no un programa central, del mandato constitucionalista y de sus herederos sonorenses.

Mientras tanto, los trabajadores obtenían beneficios solamente cuando eran leales y dóciles. Los inversionistas internacionales en petróleo, plata y otros bienes clave, enfrentaban negociaciones que aumentaban las rentas del Estado, pero su control de sectores importantes no se cuestionaba (a pesar de las estipulaciones nacionalistas en la Constitución). En los años veinte, México continuaba siendo un participante dependiente en el capitalismo atlántico; los constitucionalistas reclamaban ingresos necesarios para gobernar; las demandas populares que encendían las movilizaciones revolucionarias se contuvieron.²⁹

En 1914-1915, Carranza y los constitucionalistas se volvieron hacia la economía capitalista (y sus promotores estadounidenses) para obtener el poder para bloquear las aserciones populares y forjar un régimen que se proclamaba “La Revolución”. Durante años de conflictos continuos, usaron los recursos del capitalismo para forjar un régimen revolucionario, que precisamente bloqueaba una transformación revolucionaria.

DESAFIANDO AL CAPITALISMO PARA ESTABLECER EL PODER NACIONAL: NACIONALIZACIÓN Y ASPIRACIONES POPULARES EN 1938

El régimen de la posrevolución continuó hasta 1929, cuando la derrota de la revuelta de los cristeros fue seguida rápidamente por la caída del mercado de acciones de Nueva York y la depresión global. Justo cuando el último

²⁹ Véase Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*, México, Era, 1968; Linda Hall, *Oil, Banks, and Politics*, Austin, University of Texas Press, 1995; y Stephen Haber, Armando Razo y Noel Maurer, *The Politics of Property Rights*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

desafío popular había sido conquistado, había poco poder, prosperidad o ganancia que se pudiera derivar de un sistema capitalista global que parecía estar dando los últimos estertores de la muerte. Los mexicanos comenzaron a demandar que las promesas de su Constitución revolucionaria, pospuestas por tanto tiempo y muchas veces negadas, fueran cumplidas.

Lázaro Cárdenas comprendía a México, a los mexicanos y al mundo cambiante. Ya como presidente a finales de 1934, enfrentaba a un México en el cual las élites agrarias habían sido asaltadas por una ley de reforma continua, aunque titubeante, y en que los trabajadores habían recibido más promesas que aumentos de salarios. Después de consolidar la transmisión de poderes del grupo de Calles, Cárdenas aceleró la distribución de tierras a las comunidades rurales en sus primeros tres años en servicio. Los inversionistas extranjeros en petróleo y minería, aunque presionados por la retórica nacionalista y demandas de impuestos, permanecieron fuertes hasta que fueron debilitados por la depresión. Los industriales nacionales se habían fortalecido con el apoyo constitucionalista, pero distaban mucho de ser fuertes cuando los golpeó la depresión. En su primer año, mientras aceleraba la reforma agraria, Cárdenas presionaba a los industriales mexicanos, notablemente en Monterrey, para acceder a la promoción estatal de los derechos laborales. Reconstituía la alianza populista que ligaba a los capitalistas industriales nacionales y a la fuerza laboral organizada bajo el tutelaje constitucionalista.

Con el capitalismo en recesión, Cárdenas comprendió que la economía mexicana tenía que volverse hacia el interior y que el régimen sólo podía gobernar con el apoyo entre los sectores clave del pueblo mexicano. Volverse hacia la gente servía a las profundas aspiraciones personales de Cárdenas; le ayudó a diseñar, implementar y legitimar proyectos, usando el poder estatal para profundizar programas revolucionarios. El régimen que se llamaba a sí mismo *La Revolución* ganó nueva legitimidad, mientras que los gobiernos alrededor del mundo se debilitaban, se derrumbaban o se convertían al gobierno autoritario.³⁰

Sin embargo, mientras Cárdenas conducía reformas, el mundo cambió. Quedó claro que el capitalismo duraría. En los mismos años, los conflictos que iban en escalada entre el capitalismo democrático, el capitalismo fascista y el socialismo del Estado comunista, dejaron menos cierto el rol de México en el mundo. Gilly³¹ muestra que Cárdenas comprendió a México y al mun-

³⁰ Véase Luis González y González, *Los días del presidente Cárdenas*, México, El Colegio de México, 1981; y Nora Hamilton, *The Limits of State Autonomy: Post-Revolutionary Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1982.

³¹ Gilly, *El cardenismo: una utopía mexicana*.

do con notable claridad. En 1938, negoció una nueva relación con Estados Unidos (y con el mundo capitalista que se recuperaba), consolidó el Estado mexicano, confirmó reformas revolucionarias y, sin embargo, redujo las posibilidades de una reforma continua. Puso a un régimen que proclamaba ser una revolución en el camino para un mandato posrevolucionario estabilizador, bajo la hegemonía de Estados Unidos y dentro del capitalismo.

Las grandes reformas del primer año de gobierno de Cárdenas ganaron un apoyo popular cada vez más amplio; también provocaron oposición creciente. Los terratenientes mexicanos se oponían a la redistribución de tierra, que se iba acelerando; los negociantes mexicanos temían por su parte el aumento del poder de la fuerza laboral organizada. La reforma también estimuló oposición internacional. Las redistribuciones masivas de tierra en la región algodonera de Laguna y los ricos valles irrigados por ríos de Sonora tocaban los intereses de estadounidenses, que esperaban que su gobierno respaldara los reclamos para una compensación inmediata amplia o que bloqueara las reformas. Y en 1937 y 1938, las demandas de los trabajadores petroleros contra compañías estadounidenses y británicas alcanzaron un conflicto más allá de la negociación. La Suprema Corte de México respaldó a los trabajadores; las compañías se rehusaron a aceptar el fallo, y por ende la soberanía del régimen mexicano. Cárdenas decidió nacionalizar la industria.

Como aclara Gilly, Cárdenas actuó con la certeza de la posición de su gobierno en México y del rol del petróleo y de las compañías petroleras en un mundo que emergía de la depresión y enfrentaba una nueva guerra mundial. Comprendió que la reforma de la tierra era esencial para pacificar las regiones rurales y estabilizar el régimen. También sabía que la reforma de la tierra y la expropiación petrolera estaban ligadas. Estados Unidos tenía que aceptar la expropiación de tierras de ciudadanos estadounidenses para que Cárdenas pudiera mantener su base política en México, y tenía que estar de acuerdo con la nacionalización del petróleo si el régimen mexicano iba a tener capacidad para negociar su dependencia dentro del renovado mundo capitalista. Los presidentes anteriores, Obregón en particular, sabían que la nacionalización, hecha posible por la Constitución de 1917, llevaría a una oposición firme del gobierno de Estados Unidos y a un retiro de capital norteamericano, lo cual paralizaría la economía posrevolucionaria que luchaba por salir adelante. En los años veinte negociaban por regalías, no por control nacional.³²

Para 1938, México y el mundo eran diferentes. Las reformas cardenistas habían fortalecido las bases populares del régimen. La Segunda Guerra

³² Hall, *op. cit.*

Mundial aparecía más grande, más fundamental para el futuro del mundo y aún más basada en el petróleo que la primera. Cárdenas comprendió que Estados Unidos necesitaba el petróleo mexicano más de lo que necesitaba que las compañías norteamericanas se beneficiaran de producir ese petróleo. El presidente Roosevelt y su embajador en México, Josephus Daniels, también lo comprendían, mejor que líderes del Departamento de Estado como Cordell Hull y Sumner Welles. Así, Cárdenas negoció la aceptación de la expropiación por parte de Estados Unidos y el consentimiento de Estados Unidos a las reformas agrarias, laboral y educativa. Fue un triunfo económico y diplomático para México, que consolidó trascendentales reformas revolucionarias y el régimen posrevolucionario.³³

La manera como la nacionalización petrolera reposicionó a México dentro del capitalismo global merece consideración cuidadosa. No cuestionó el rol bien establecido de México como participante dependiente en el mundo capitalista. Reclamó para el Estado mexicano recursos para participar en ese mundo, mientras se preparaba para una época de guerra que iba a definir el futuro mundial. Durante las negociaciones, Cárdenas confirmó repetidamente que México pagaría una compensación justa (basada en las declaraciones de impuestos de las compañías) por las propiedades petrolíferas, pero no por tierras expropiadas, que no nacionalizaría operaciones mineras de plata ni otros negocios de propiedad norteamericana, y que continuaría dando la bienvenida a la inversión norteamericana, especialmente en un México que se estaba industrializando, urbanizando. Cárdenas pudo haber promovido la educación socialista, pero implementó la nacionalización del petróleo para ganar para México la posición más fuerte que pudo dentro de su posición dependiente en el mundo capitalista. Fortaleció la habilidad de México para alcanzar un modelo capitalista nacional. En eso cumplió la promesa de la revolución constitucionalista.

Simultáneamente consolidó la reforma agraria, que cumplía parcial y políticamente las demandas de la revolución zapatista. Estableció la alianza populista que ligaba a los industriales mexicanos emergentes con la fuerza laboral organizada, y ligó a ambos –industriales como aliados, trabajadores como dependientes– al Estado posrevolucionario. Entonces, para consolidar las reformas y la expropiación, Cárdenas retardó la distribución de tierras y el activismo de Estado que favorecía a los trabajadores.³⁴ En 1940, dirigió la sucesión de Manuel Ávila Camacho a la presidencia bloqueando el ascenso de Francisco Múgica, un promotor de la reforma radical y la ex-

³³ Véase Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917-1942*, México, El Colegio de México, 1972; y Gilly, *El cardenismo: una utopía mexicana*.

³⁴ Hamilton, *op. cit.*

propiación petrolera. Cárdenas se unió al gabinete de Ávila Camacho como Ministro de Defensa; ayudó a establecer a México como un partidario clave de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial al enviar trabajadores al norte en el programa laboral Bracero y proveyendo a Estados Unidos de petróleo, víveres, plata, cobre y otros materiales estratégicos.

El momento cardenista crítico de 1938 puso a México en un curso de desarrollo capitalista nacional con participación popular limitada, en un contexto de dependencia sostenida de Estados Unidos. Los triunfos del desarrollo nacional entre 1940 y 1970 ganaron fama como el “Milagro Mexicano”.³⁵ La continua dependencia de Estados Unidos durante las décadas del milagro y las crisis que siguieron acabaron por llevar a la incorporación subordinada bajo el TLCAN. Durante todo este tiempo, el régimen se ha sostenido y el capitalismo ha permanecido; mientras tanto, la población mexicana ha luchado para encontrar participaciones políticas efectivas, bienestar material básico y justicia accesible. Tales fueron las herencias de 1938, al paso por un mundo moldeado después de 1940 por la Guerra Mundial, la Guerra Fría, la explosión de la población, la urbanización sin control y la hegemonía de Estados Unidos dentro del capitalismo globalizador triunfante.

Reconocer los límites de los logros proclamados por el momento cardenista de 1938 no debería empañar su importancia. Lázaro Cárdenas utilizó una coyuntura estratégica de manera brillante para obtener ganancias para el régimen posrevolucionario y el pueblo mexicano. La utopía cardenista proyectó más. La política y la diplomacia cardenistas ganaron tanto como el mundo podía ofrecer en un momento de transición crítica. Marcaron las vidas de los mexicanos y el lugar de México en el mundo durante décadas.

MOMENTOS DETERMINANTES DE LA NACIÓN REVOLUCIONARIA

Los dos momentos clave que orientaron la historia mexicana en la primera mitad del siglo xx, identificados y analizados por Gilly, 1914-1915 y 1938, fueron paralelos de maneras importantes, pero fundamentalmente diferentes. Ambos fijaron la dirección del poder y la política estatal nacional durante décadas, negociando entre las movilizaciones y demandas

³⁵ Acerca de las continuaciones en el modelo de desarrollo subyacente desde Calles, pasando por Cárdenas y hasta los años sesenta, véase Benjamin Fulwider, “Driving the Nation: Road Transportation and the Post-Revolutionary Mexican State, 1925-1960”, tesis, Georgetown University, 2009.

populares que iban en aumento, la mayoría de ellas agrarias, y las limitaciones y posibilidades de un México que soportaba la dependencia de Estados Unidos y la participación en la economía del mundo capitalista. Revelan cómo un Estado nacional que no compite por el poder global puede florecer o resistir, aguantar o colapsarse, merced a su habilidad para trabajar entre élites nacionales, fuerzas populares y las oportunidades y limitaciones fijadas por las hegemonías mundiales y las dinámicas capitalistas.

Las diferencias entre los dos momentos destacados por Gilly son igualmente reveladoras. En 1914-1915, ningún Estado nacional gobernaba México, los diversos movimientos populares dominaban amplias regiones y el capitalismo global continuaba fuerte, aun cuando los poderes europeos entraban a una guerra que condujo la hegemonía hacia Estados Unidos. En ese contexto, para bloquear a la coalición zapatista-villista, para restringir las aspiraciones populares y para consolidar su control del Estado nacional, los Constitucionalistas cedieron la dependencia a Estados Unidos y trabajaron por obtener las máximas ganancias del capitalismo global. Lograron poder esencial para el gobierno nacional, pero cercaron a México en una dependencia capitalista recubierta por fuertes proclamações nacionalistas y promesas de justicia agraria.

En 1938, el mundo y México eran diferentes. La Revolución soviética de 1917 y la gran depresión de los años treinta amenazaban al capitalismo. La hegemonía global estaba incierta y a punto de ser disputada en una guerra realmente mundial. Gilly muestra que tanto Lázaro Cárdenas como Franklin D. Roosevelt lo previeron. Y durante la depresión, incapaz de continuar el pacto carrancista-constitucionalista que derivó poder de Estados Unidos y la economía capitalista para sostener el régimen, Cárdenas se volvió hacia la población mexicana. Comenzó a cumplir viejas demandas frustradas de tierras, derechos laborales y escuelas a la par que promovía más aspiraciones.

En ese contexto, Cárdenas usó la nacionalización del petróleo de 1938 para reubicar el Estado mexicano ante Estados Unidos, el capitalismo global y el pueblo mexicano. Al tomar las compañías petroleras, reclamó nuevo poder para el Estado. Aún así, la nacionalización confirmó que México permanecería dentro del capitalismo. Mientras planeaba y negociaba la expropiación, Cárdenas reiteró que el petróleo sería la única nacionalización, que México seguiría siendo una nación capitalista. Luego de presionar a Estados Unidos a aceptar la expropiación, y de negociar su apoyo durante la guerra, Cárdenas comprendió que la única forma de consolidar el poder era aplazar las reformas de la tierra y laborales, y buscar la “unidad nacional” a la vez que limitaba los retos transformadores.

Al afianzar el Estado hubo mejoras reales e importantes para México, pero vinieron con el compromiso de permanecer dentro del capitalismo, restablecer –no alterar radicalmente– la dependencia de México de Estados Unidos y de comenzar a restringir las reformas demandadas por los campesinos y trabajadores. El genio de Cárdenas fue que sabía que el pacto era lo mejor que él, o cualquier otro líder mexicano, podría ganar.

EL MILAGRO MEXICANO: CAPITALISMO, PODER NACIONAL Y ASPIRACIONES POPULARES DESPUÉS DE 1940

El pacto cardenista duró el tiempo suficiente para guiar a México durante décadas. Ante la Guerra Mundial y la Guerra Fría. Así promovió el desarrollo capitalista nacional, entre la explosión demográfica y una urbanización sin precedentes. Los observadores de la época llamaban a este logro un milagro. Algunos llamaron al prolongado régimen autoritario del PRI una variante mexicana de la democracia.³⁶ Pero esas décadas de estabilidad política, que implicaban exclusiones políticas cada vez más profundas, ocasionaron fuertes tensiones. El pacto cardenista no podía vivir para siempre.

Además, el éxito de las reformas cardenistas cambió las dinámicas sociales mexicanas. Las élites terratenientes fueron eliminadas como fuerzas económicas y políticas. La reforma de la tierra, al ser asumida en el corporativismo del régimen, contuvo a las comunidades campesinas; éstas quedaron marginadas por la urbanización y el desarrollo de la agricultura de la “revolución verde” desarrollada para sostener a las ciudades en crecimiento. Las élites industriales florecieron, dependientes de las políticas gubernamentales que las protegían de la competencia extranjera y que facilitaban el acceso al capital y a la tecnología extranjeros. La fuerza laboral organizada continuó siendo una base del poder del régimen; obtenía salarios favorecidos y beneficios limitados, pero enfrentaba controles contra los reclamos independientes. Con la marginación acelerada del México agrario, se consolidó un pacto populista que ligaba a las élites industriales a los trabajadores. La meta era el desarrollo nacional con estabilidad política en tiempos de crecimiento poblacional y urbanización acelerada.³⁷

³⁶ Véase Robert Scott, *Mexican Government in Transition*, Urbana, University of Illinois Press, 1964; y Pablo González Casanova, *Democracy in Mexico*, Nueva York, Oxford University Press, 1970.

³⁷ Este análisis sintetiza a Enrique Cárdenas, *La política económica en México, 1950-1994*, México, FCE, 1996; y los ensayos en Leticia Reina y Elisa Servín (eds.), *Crisis, reforma y revolución*.

El intento venía cargado de contradicciones. Replicar la industrialización capitalista iniciada en Europa y Estados Unidos requería acceso a las tecnologías creadas ahí. Una implementación rápida de ese programa requería capital que no podía ser generado en México. Más que ninguna otra nación latinoamericana, México había apoyado a Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial con trabajadores, recursos y combatientes (medio millón sirvieron en el ejército estadounidense); tenía a su vez la esperanza de ayuda para su desarrollo con la llegada de la paz. Pero en la Conferencia de Chapultepec de 1945, Estados Unidos dejó claro que emplearía los amplios recursos para reconstruir a sus anteriores enemigos mortales por medio del Plan Marshall. Sus aliados en la guerra, incluido México, tendrían que salir a los mercados para obtener recursos financieros escasos para forjar un desarrollo retrasado durante una década de depresión y años de guerra global.³⁸

Globalmente, el resultado consolidó el capitalismo. Los poderes anteriores del capitalismo fascista fueron aplastados en la guerra y después favorecidos con recursos que los re consolidaron como elementos leales al capitalismo democrático, ligados a Estados Unidos. Para México, el surgimiento de expansión industrial ayudó a mantener a las ciudades en crecimiento rápido mientras se encerraba al Estado y a la economía nacional en una dependencia cada vez más profunda del capital global. Una deuda externa en escalada, estatal y privada, financió el Milagro Mexicano y demostró sus contradicciones. Con toda la retórica acerca del desarrollo nacional, décadas más adelante el milagro encerró a los mexicanos en el mundo capitalista gobernado por el poder militar y el dominio financiero norteamericano.³⁹

Inevitablemente, el programa populista de desarrollo nacional –sus éxitos y sus límites– trajo nuevas contradicciones. Los trabajadores, al mismo tiempo favorecidos y constreñidos por el régimen y la alianza populista para el desarrollo dependiente, intentaban protestas con éxitos limitados en los años cincuenta y sesenta.⁴⁰ La movilización estudiantil y la represión gubernamental de 1968 mostraron que el sistema se estaba desmoronando. Justo cuando la nación estaba a punto de ser anfitrión de los Juegos Olímpicos, con que anunciaba su llegada al escenario global, los hijos de las clases medias, beneficiarios del desarrollo nacional, salieron a las calles en protesta frente a un régimen excluyente; éste, a su vez, mató a cientos, si no

³⁸ Samuel Baily, *The United States and the Development of South America, 1945-1975*, Nueva York, New Viewpoints, 1976.

³⁹ Véase Cárdenas, *op. cit.*

⁴⁰ Kevin Middlebrook, *The Paradox of Revolution: Labor, State, and Authoritarianism in Mexico*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1995.

es que a miles. Luis Echeverría se volvió presidente en 1970 sabiendo que el cambio era esencial. Su meta era acelerar el crecimiento económico, promover la infraestructura urbana, expandir las ofertas educativas y reavivar la reforma agraria. Los fondos requeridos provenían de préstamos de bancos y otras instituciones financieras. El esfuerzo era en sí mismo contradictorio. Movilizar capital externo y crear deuda puede llevar a una expansión económica, pero no a una independencia nacional. Un primer reto vino en 1973, cuando el choque por el precio del petróleo de la OPEP cortó el acceso al capital. Pero pronto Echeverría vio una salida; para 1974, circulaban reportes de grandes recursos petroleros mexicanos a corta distancia de la costa a lo largo del Golfo. Los altos precios de la OPEP hicieron económicamente alcanzable la explotación de los nuevos recursos, de manera que el mundo capitalista corrió hacia México con más préstamos para financiar el rápido incremento de la producción mexicana (fuera de la OPEP), con miras a bajar el precio fijado por la OPEP.⁴¹

En 1976, cuando estaba organizando la sucesión a la presidencia de su aliado José López Portillo, Echeverría promovió un nuevo pacto. Se sirvió de la promesa del petróleo —la renovada promesa de la nacionalización de Cárdenas— para solicitar préstamos cada vez más altos para financiar la expansión del petróleo y un amplio proyecto de desarrollo nacional. Promovió nuevas distribuciones de la tierra en Sonora, el corazón de la agricultura capitalista mexicana; aumentó las expectativas a lo largo de las regiones rurales que enfrentaban los retos del crecimiento poblacional elevado con tierras limitadas y muchas veces erosionadas.⁴²

Echeverría pretendía restablecer el pacto cardenista, sacando ventaja de una crisis en la economía mundial para usar el petróleo mexicano para afirmar el poder mexicano, promover el desarrollo nacional y comprometer las demandas de una población frustrada durante mucho tiempo. Pero crear deuda sin precedente con los poderes financieros capitalistas no podía traer independencia. Tampoco podían los desarrollos urbanos impulsados por el petróleo traer prosperidad o justicia a los mexicanos. Cuando a inicios de la década de 1980 el éxito de la expansión mexicana (y del Mar del Norte) fuera de la OPEP produjo la repentina caída en el precio del petróleo tan bienvenida por el capitalismo global, México no pudo empezar a pagar los préstamos que había contraído para generar ese éxito. De la noche a la mañana, el gran éxito petrolero se transformó en crisis de endeu-

⁴¹ Gabriel Székely, *La economía política del petróleo en México, 1976-1982*, México, El Colegio de México, 1983.

⁴² Véase Cárdenas, *op. cit.*, e Isabelle Rousseau, *México: ¿Una revolución silenciosa? 1970-1995*, México, El Colegio de México, 2001.

damiento. La dependencia mexicana de Estados Unidos y el capitalismo global se confirmó; el pueblo mexicano enfrentó una década de depresión que generó un incremento en los llamados a la democratización y nuevas formas de desarrollo. El momento de Echeverría en 1976 demostró ser crucial, aunque en forma económicamente destructiva, desestabilizadora en la política y apremiante entre grupos sociales diversos.

EN BUSCA DE UN NUEVO PACTO: COMPROMETIENDO AL CAPITALISMO
PARA BLOQUEAR LAS ASPIRACIONES POPULARES EN LOS AÑOS OCHENTA

El fracaso del intento de Echeverría en 1976, por volver a dar forma “cardenista” al lugar de México en el mundo, significó que un nuevo pacto tendría que venir muy pronto. México y el mundo habían cambiado demasiado para que el pacto de Cárdenas persistiera. El régimen mexicano y sus aliados capitalistas nacionales favorecidos estaban debilitados por la dependencia estructural con respecto al capital global mientras buscaban el desarrollo nacional. El sector campesino se había vuelto una minoría marginada que enviaba cada vez más trabajadores a Estados Unidos. Los trabajadores industriales vieron menguar sus ganancias y perderse cualquier posibilidad de acudir al régimen por la nueva búsqueda de “competitividad”. (La pobreza popular se volvió una “ventaja” competitiva en un mundo en búsqueda de mano de obra barata.) Se podría señalar que para la década de 1980 no había fuerzas sociales dentro de México, ni elitista ni popular, con el poder y la organización efectivos para presionar al régimen hacia un proyecto nacional. Y mientras que los mexicanos enfrentaban una crisis económica y la disolución sociopolítica, la década de 1980 trajo llamados crecientes a las naciones, ricas y pobres, para unirse al capitalismo globalizador arraigado en democracias nacionales.⁴³

En México, el régimen forjado por Cárdenas continuaba siendo central; llevó en 1985 a México al Acuerdo General de Tarifas y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés). La meta del capitalismo nacional se dejó de lado; de ahora en adelante los mexicanos negociarían el capitalismo en toda su energía globalizadora. Las protecciones nacionales a la producción y la fuerza laboral, limitadas por tanto tiempo, declinaron rápidamente. Al enfrentar tales incertidumbres y los límites de la respuesta del régimen al sismo devastador de la Ciudad de México, que también acaeció en 1985, un número cada vez mayor de mexicanos demandó la democratización efectiva de un régimen que se había vuelto cada vez más exclusivo, cada vez más

⁴³ *Loc. cit.*

dedicado el control social, cada vez menos consecuente con las aspiraciones populares.

Por un tiempo, las elecciones de 1988 parecieron prometedoras. Cuauhtémoc Cárdenas, hijo de Lázaro, encabezó una oposición que dejó al partido que su padre había construido para demandar democratización y un regreso al desarrollo capitalista nacional que equilibraría la inserción internacional, las prioridades nacionales y los derechos de los trabajadores y los campesinos. El PRI postuló a Carlos Salinas de Gortari, que iba a acelerar la incorporación a la globalización y a restringir el rol del Estado en la economía nacional. También prometió la democratización, pero usó la máquina estatal para garantizar su elección y una transición a la globalización sin garantías sociales.⁴⁴

El año de 1988 pudo haber sido un momento crucial, que estableciera un nuevo pacto que ligase el capitalismo global, el Estado mexicano y las aspiraciones populares. Cuauhtémoc Cárdenas, con la perspicacia política y una apertura a las aspiraciones populares aprendidas de su padre, cuestionó la maquinaria política originada por su padre. Imaginó un México que se podía adaptar a un mundo determinado por la globalización acelerada y que podría continuar promoviendo el desarrollo nacional, favoreciendo a los capitalistas mexicanos y ofreciendo protección laboral y derechos de la tierra a los mexicanos. También tenía la vista puesta en un pacto cardenista reformado. Exigía la democratización para promover derechos nacionales y sociales duraderos conforme México se adaptara al capitalismo. ¿Podría haber triunfado? ¿Podrían los mexicanos haber vivido la globalización con preferencias nacionales y protecciones sociales? Nunca lo sabremos.

En cambio, el autoritarismo se sostuvo, entregando la presidencia, por medio de la combinación de poder y fraude, a Carlos Salinas. Él activó el régimen de partido –alguna vez incluyente, ahora cada vez más excluyente– para llevar a México a una globalización cada vez menos regulada, dando fin a cualquier pretensión de “desarrollo nacional”, aplastó los derechos laborales y terminó con las aspiraciones agrarias. La adaptación a la globalización voraz precedería a la democratización, sostenida como una promesa vaga de apertura ofrecida por un presidente traído al poder por la máquina que él prometió romper. Nada se arregló en la década de 1980.

⁴⁴ Luis Medina Peña, *Hacia el nuevo Estado*, México, FCE, 1994.

EL PACTO DE SALINAS DE 1994: GLOBALIZACIÓN CONTRA ASPIRACIONES POPULARES

Salinas sabía que tenía que renegociar las relaciones que colocaban al Estado mexicano entre el poder norteamericano, el capitalismo global, las élites nacionales y las aspiraciones populares mexicanas. El pacto de Cárdenas se había debilitado desde los años sesenta y casi se colapsó por los intentos fallidos por parte de Echeverría y Cuauhtémoc Cárdenas de restablecerlo en 1976 y 1988. La traslación de poderes no era solamente política; las fuerzas sociales dentro de México habían cambiado radicalmente. Los capitalistas mexicanos que promovían el modelo nacionalista enfrentaron dudas aplastantes; esto demostraba su dependencia del capital global y su debilidad política. Ni los campesinos ni los trabajadores tenían la capacidad para presionar demandas con éxito, aun cuando se habían unido a organizaciones civiles cada vez más amplias, lideradas por los sectores medios ante las promesas fallidas del régimen nacionalista.⁴⁵

Salinas resolvió el *impasse* alejándose del pacto de Cárdenas de 1938 y negociando una variante de finales del siglo del convenio carrancista de 1914-1915. A principios de la década de 1990, Salinas extendió su mano hacia Estados Unidos y el capitalismo globalizador, con el fin de derivar el poder necesario para consolidar su régimen y un capitalismo libre dentro del país, lo que constriñó a los capitalistas mexicanos y bloqueó las demandas populares que iban en aumento. Mientras tanto, extendía la retórica nacionalista y prometía democratización, justicia y ganancia económica para todos.⁴⁶

Para encerrar a México dentro de la globalización capitalista mundial y atar su rol en ese mundo al de Estados Unidos, promovió el TLCAN. Un cambio clave había llegado con la entrada de México al GATT en 1985; el TLCAN hizo que el giro hacia una economía capitalista abierta fuera irreversible. La entrada al GATT abrió a México al mundo; el TLCAN ligó a los mexicanos de manera irrevocable a Estados Unidos, nación que desde entonces ha mediado la integración de México con el mundo. Tras la entrada al GATT, Estados Unidos completó el Acto de Reforma de la Inmigración en 1986, el cual, de maneras complejas, permitió a millones de mexicanos en Estados Unidos ganar estatus legal y, con el tiempo, la ciudadanía, y permitió

⁴⁵ Guillermo de la Peña, "Civil Society and Popular Resistance", en Servín, Reina y Tutino (eds.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change*, Durham, Duke University Press, 2007.

⁴⁶ Sintetizo Dan La Botz, *Mask of Democracy: Labor Suppression in Mexico Today*, Boston, South End Press, 1992; Cárdenas, *op. cit.*; Miguel Centeno, *Democracy within Reason: Technocratic Revolution in Mexico*, 2a. ed., University Park, Pennsylvania State University Press, 1997; Rousseau, *op. cit.*; y los ensayos en Reina y Servín, ed. cit., y Servín, Reina y Tutino, ed. cit.

a millones más migrar para trabajar de manera más o menos legal. El pacto del TLCAN, ratificado en 1993, liberó capital y mercancías para que se movieran libremente por América del Norte según dictaran los mercados, mas pretendía restringir a la gente (por lo tanto, a los trabajadores) a sus naciones de ciudadanía original.

Los objetivos promovidos en ese momento eran claros. Estados Unidos obtendría acceso privilegiado al petróleo mexicano y a bienes de consumo, que serían más alcanzables porque se producirían en México por trabajadores mexicanos baratos; los mexicanos ganarían acceso a nuevos trabajos y se podrían quedar en casa, especialmente si su casa estaba cerca de la frontera, donde las maquiladoras de exportación proliferarían. Lo que no se explicitaba era esto: los mexicanos ganarían trabajo si su trabajo seguía siendo barato. Si encontraban remuneraciones cercanas a los estándares “americanos”, el trabajo se iría a otro lado; la premisa subyacente a la globalización neoliberal era “la carrera para llegar al fondo”. Salinas sabía que si México lograba obtener más trabajo y mantenerlo barato, el derecho a la tierra comunal prometida por la Constitución de 1917 tenía que terminar (esto fue hecho por una reforma en 1992) y los sindicatos mexicanos tenían que romperse. Esto fue logrado por la presión del gobierno y los patrones.⁴⁷

En última instancia, la promesa y el problema de que los mexicanos quedaran encerrados en México como “mano de obra barata” resultó irrelevante. Conforme se desarrolló el TLCAN, la producción abandonó Estados Unidos, no para irse al cercano México, sino a la distante China, repleta de gente con salarios aún más bajos. Las ganancias ínfimas y explotadoras, prometidas a los mexicanos bajo el TLCAN, se fueron a Asia. El capital y las mercancías se moverían libremente entre Estados Unidos y México. Los mexicanos emprendieron búsquedas desesperadas de trabajo e ingreso, lo que incrementó las presiones para migrar al norte para trabajar, justo cuando los estadounidenses comenzaban a tratar de sellar la frontera. Números cada vez mayores de mexicanos enfrentaron vidas de abrumadora inseguridad; en Estados Unidos crecieron corrientes de prejuicio antimexicano, que rozaban la histeria en momentos políticos clave. Periodos de altas y bajas han golpeado a ambas naciones; mas resultan siempre castigos más severos a los mexicanos. Existen muy pocas señales de que el TLCAN haya promovido una prosperidad compartida en ninguna de las dos naciones. Entonces, ¿el pacto de Salinas de 1994 fue un fracaso?

No, si la meta era estabilizar el régimen mexicano mientras se promovía un capitalismo sin límites en México, Norteamérica y el mundo. Salinas vino a la presidencia en una elección muy incierta en 1988. Para construir

⁴⁷ La Botz, *op. cit.*

el México que proyectó, rápidamente privatizó las empresas estatales que alguna vez fueron el corazón del proyecto capitalista nacional. Presiones políticas mantuvieron a PEMEX, el monopolio petrolero y principal símbolo del nacionalismo económico de México, exento de ser entregado al sector privado. Salinas lamentó públicamente las fallas de la agricultura mexicana; a la vez, con ardidés retóricos, acabó con el derecho a las tierras comunarias establecido en la Constitución de 1917, con el fin de promover la privatización de la tierra y los consorcios con negocios agrícolas globales. México se había vuelto una nación urbana en el curso del siglo xx; ahora la comida barata triunfó sobre los derechos de los pueblos a la tierra en la arena política. Los campos, vueltos productivos por la “revolución verde” financiada en los años cuarenta por el gobierno, ahora cambiaron al cultivo de frutas y vegetales destinados en buena medida a los estadounidenses. El producto mexicano emblemático, el maíz, llegaba de los granjeros de Iowa, subsidiados por el gobierno de Estados Unidos. Para atraer a la empresa privada, nacional y multinacional, debilitó el poder de los sindicatos para actuar en los sitios de trabajo e influir en el gobierno. Y para una población profundamente religiosa, en su mayoría católica, Salinas terminó con las antiguas restricciones al papel de la Iglesia y del clero en la vida política y educativa de la nación.

Todo llegó a una culminación en 1994. El 1 de enero, el TLCAN entró en vigor; el mismo día surgió en Chiapas un movimiento que se proclamó zapatista para confrontar al gobierno, al tratado y a la terminación de los derechos agrarios. La confrontación violenta, contenida por los militares, duró menos de dos semanas. Pero la movilización dio principio a un largo debate nacional e internacional focalizado en asuntos clave de Chiapas, México y la globalización seguida con el TLCAN. Aunque esos debates fueron importantes, el levantamiento de Chiapas nunca alejó a Salinas o al régimen del pacto del TLCAN ni del curso que estableció para México en Norteamérica y el mundo. Cuando el sucesor escogido por Salinas, Luis Donaldo Colosio, fue asesinado antes de poder ser elegido, lo substituyó Ernesto Zedillo, con que el PRI gobernó otro sexenio. Después de la elección, cayó el peso; había sido sostenido artificialmente para apoyar las importaciones de los consumidores durante la época de elecciones. Estados Unidos intervino para asegurar que la caída repentina no se convirtiera en colapso. La administración de Clinton había conseguido la ratificación final del TLCAN; de esa manera sostenía el capitalismo y el régimen mexicanos frente al levantamiento de Chiapas, las dificultades electorales y la crisis económica. El capitalismo neoliberal prosperaría y el Estado mexicano sobreviviría, pero por lo pronto la gente mexicana vivía otra crisis en 1995 y 1996.

Con el pacto de Salinas de 1994, definido por el TLCAN, impuesto por Estados Unidos y facilitado por las debilidades del movimiento de Chiapas, Zedillo pudo supervisar una apertura controlada y limitada del sistema político mexicano. El régimen autoritario incluyente de Cárdenas se había vuelto cada vez más excluyente; Salinas empleó sus medios para forjar un nuevo pacto, que reforzaba el poder del Estado, al insertar a México en un capitalismo norteamericano frecuentemente rapaz. Sólo hasta después de que eso fuera hecho, que los derechos agrarios hubieran terminado y el poder de los sindicatos se hubiera roto, sólo entonces permitirían los profetas mexicanos del neoliberalismo una apertura electoral.

Las elecciones presidenciales de México del año 2000 se volvieron una celebración de democratización nacional, norteamericana, incluso global. El presidente Zedillo había conducido su administración priista para asegurar una competencia abierta y una votación efectiva. Vicente Fox movilizó una coalición alrededor del PAN, un partido enraizado en el catolicismo y gobernado por capitalistas, para reclamar la presidencia para una oposición por primera vez desde 1911. Como en tiempos de Francisco I. Madero, la llegada de Fox hizo pensar a algunos que las elecciones efectivas curarían los males del capitalismo sin límites. Los mismos poderes estadounidenses que habían respaldado el uso del poder autoritario de Salinas para imponer el capitalismo neoliberal en 1994, se unieron para promover y celebrar el regreso a la “democracia” en 2000.

Es cierto, las elecciones abiertas y justas son mejores que la alternativa, especialmente después de que cualquier otro medio de participación popular ha sido efectivamente cerrado. Aún así, las políticas después de 2000 pueden ser caracterizadas como democracia excluyente. Cada adulto puede votar, pero contender de hecho en las elecciones depende de las influencias políticas, la influencia del dinero y el acceso a los canales de comunicación masiva. La mayoría de los mexicanos vota cada tres o seis años por candidatos con cuya selección tiene muy poco que ver. Los mexicanos llegaron tarde a las políticas electorales y han descubierto muy pronto las enajenaciones que vienen con los circos políticos manejados por el dinero y los medios, que orquestan participaciones sin aperturas hacia cambios significativos en las luchas de la vida diaria.

El capitalismo prospera, concentrando riqueza en el mundo y en México mientras genera empleo mínimo, pagado escasamente, y “flexible” (por lo tanto inseguro). La meta de la producción “eficiente” y las formas de trabajo “que ahorran trabajo” han dominado mientras que los capitalistas y los políticos promueven una retórica de “creación de empleos”. La gente mexicana continúa luchando. Millones viven en ciudades con escasez de trabajo y servicios; muchos otros huyen hacia el norte a pesar de una

frontera cada vez más militarizada y de prejuicios políticos estadounidenses también en escalada. Proliferan asimismo actividades económicas informales, que muestran la enorme capacidad de los mexicanos para adaptarse cuando enfrentan dificultades crecientes. Una economía de drogas ilegales deja ganancias para unos cuantos capitalistas criminales y empleo para muchos más que están dispuestos a arriesgar todo por una oportunidad de prosperidad, mas la violencia desafía el gobierno efectivo del Estado mexicano. El TLCAN y las políticas electorales han logrado muchas cosas, pero no un movimiento hacia el bienestar compartido o hacia la justicia social para la mayoría de los mexicanos. El régimen sigue adelante, el capitalismo se expande, la gente lucha sin modos efectivos de mejorar sus vidas. En eso, el pacto de 1994 ha triunfado.

DE REVOLUCIÓN NACIONAL A GLOBALIZACIÓN DEPENDIENTE

Los dos momentos cruciales que permiten entender la consolidación del gobierno del régimen revolucionario, y con él los pactos entre el poder del capitalismo global y las aspiraciones de las fuerzas populares, también descifran los conflictos y límites de la Revolución mexicana. Extender el análisis a la búsqueda de momentos igualmente claves en la segunda mitad del siglo permite comprender a su vez la orientación de México hacia una participación dependiente en la globalización neoliberal.

Todos los momentos considerados aquí –1914-1915, 1938, 1976, 1988, 1994– requirieron que aquellos que gobernarían al Estado mexicano negociaran entre el capitalismo global, Estados Unidos, el poder político y aspiraciones de diversos mexicanos. El régimen mexicano, eje para esas negociaciones, ha sido el foco de la mayoría de los análisis que buscan comprender a México durante el siglo xx. Dicho análisis centrado en el Estado es esencial, pero no suficiente para explorar los retos enfrentados por los mexicanos. Los momentos críticos revelan que debemos comprender la historia del capitalismo global, los roles de Estados Unidos y México dentro de él, y las vidas, aspiraciones y movilizaciones de la gente de estas naciones.

Dos puntos de conclusión resaltan la importancia de esta visión más amplia. En el curso del siglo xx, el capitalismo y el poder norteamericanos estaban en una trayectoria de ascenso continuo –con una breve detención durante la depresión de los años treinta. A lo largo del mismo siglo, el poder de las movilizaciones populares en México comenzó con una fuerza inusitada y declinó paulatinamente. En 1914-1915, la alianza zapatista-villista casi dominó a México. Carranza y los constitucionalistas tuvieron poca opción, aparte de aliarse con los estadounidenses y encerrarse en el capitalismo

global, si querían contener las presiones populares, reclamar el Estado y garantizar que los mexicanos continuarían viviendo dentro del capitalismo. Después, durante la Depresión, Cárdenas no tuvo más opción que responder a las demandas populares. En 1938, insistiendo a Estados Unidos que ante las demandas agrarias tenía que implementar la reforma sobre los derechos a la tierra, condujo las presiones populares para que le ayudaran a consolidar el poder del Estado, fortalecer el lugar de México dentro del capitalismo y nacionalizar los recursos petroleros críticos. Entonces, con el régimen establecido, él y sus sucesores limitaron las demandas populares y promovieron el desarrollo del capitalismo nacional.

De 1940 en adelante, México se volvió cada vez más industrial y capitalista; las organizaciones agrarias y laborales, que alguna vez presionaron al régimen para servir a los intereses populares, se volvieron instituciones corporativas de poder estatal y control social. El régimen se volvió cada vez más excluyente y autoritario, aún más abierto a la colaboración norteamericana y al capitalismo global; y se cubría siempre de un discurso nacionalista y de la defensa del petróleo nacional. El reto de mantener a una población que incrementó de veinte millones en 1940 a casi cien millones para el año 2000, era intimidante; las demandas de proporcionar empleos y comida, educación e infraestructura, conforme la metrópolis de la Ciudad de México creció de dos millones en 1940 a unos veinte millones en 2000, eran abrumadoras.

México cambió. Las comunidades campesinas, acompañantes de Zapata después de 1910 e influyentes ante Cárdenas para la reforma en 1938, se volvieron una minoría. Las autonomías campesinas desaparecieron conforme la agricultura se volvía dependiente de los químicos y las máquinas.⁴⁸ Mientras tanto, las ciudades, las industrias y sus poblaciones trabajadoras se expandieron; aquéllas ofrecían oportunidades, forjaron dependencias, crearon necesidades económicas y retos políticos. México, adyacente a los militarmente hegemónicos, industrialmente dominantes, ricos en recursos, Estados Unidos, se esforzaba por llegar a ser una nación urbana industrial.

Para 1976, la industrialización y la urbanización se mantenían con capital extranjero; el desarrollo nacional dependía del capitalismo global. Las comunidades con demandas agrarias ya no podían presionar efectivamente al poder del régimen, ni el Estado podía proseguir la reforma agraria. Las exportaciones petroleras ofrecieron un camino durante algunos años,

⁴⁸ Véase Warman, *El campo mexicano en el siglo xx*, México, FCE, 2002; y Tutino, "The Revolutionary Capacity of Rural Communities: Ecological Autonomy and Its Demise", en Servín *et al.* (eds.), *Cycles of Conflict...*

pues financiaban el modelo establecido, pero a costa de mayor dependencia del capitalismo global. Cuando los precios del petróleo se colapsaron a principios de los años ochenta, México comenzó una búsqueda de nuevos modelos de poder estatal, inserción en el capitalismo global y adaptación a las demandas populares. Ante una “década perdida”, con demandas populares, depresión nacional, complicada por el terremoto de 1985, el régimen estaba débil y los capitalistas mexicanos aún más débiles. Mientras tanto, el capitalismo global continuaba su marcha hacia adelante, y pronto lo animaría el colapso del comunismo soviético en 1989.

De esta forma, tomó un poco más de una década de conflicto político y movilización social para llegar al pacto de Salinas de 1994, el cual, conforme prometía democracia, incorporaba a México a la globalización. Y debido a que el nuevo pacto, al igual que sus predecesores de la era revolucionaria, fue negociado por hombres que primero querían consolidar el poder estatal, no debe sorprender que utilizaran instituciones de poder autoritario para imponer formas neoliberales y para retrasar y limitar la democratización.

Los mexicanos aún lidian con los resultados del pacto: el colapso económico de finales de 1994 y el rescate norteamericano del capitalismo mexicano, la promesa y los límites de “transición democrática” del año 2000, el crecimiento explosivo del comercio de drogas y la migración hacia el norte, las respuestas militarizadas a ambos, los efectos profundos en México del colapso económico de 2008-2010. Las promesas de 1994 y 2000 son aún sueños y el camino es incierto. Lo mismo ocurrió en las décadas después de los pactos de 1914-1915 y 1938. En una visión más amplia del siglo xx de México, el poder del capitalismo global ha aumentado, mientras que la capacidad de las comunidades populares para responder, resistir y negociar cambios ha declinado al punto del colapso.

El ascenso de Estados Unidos, el capitalismo global, el TLCAN, las transformaciones del régimen mexicano, han sido muy estudiados, pero falta ahondar en sus retos populares. Los promotores de aquellos pactos insisten en que el nuevo mundo que proyectan traerá ganancias sin precedente a México. Prosperidad y democracia están en el horizonte; ¿por qué tendría la gente que movilizar resistencia? Entre quienes consideran tales promesas ilusiones, la resistencia a analizar los esfuerzos populares es menos comprensible. Entre los historiadores, muchos intelectuales de tendencia de izquierda se han unido a colegas en antropología en un “giro cultural”. Analizan la habilidad continua de los grupos populares para darle forma a sus propias identidades y forjar sus propias culturas; pero rara vez examinan la manera como los poderes del Estado y la globalización confinan los actos y autonomía de las personas a términos de identidad y cultura.

En las ciencias políticas, los intelectuales se concentran en instituciones de gobierno; parecen presumir que la globalización capitalista es inevitable y benéfica, especialmente si las elecciones justas y la justicia accesible permiten participaciones populares –limitadas– y corrección –limitada– de injusticias.

Las dificultades de tantos mexicanos en el siglo XXI señalan la necesidad de regresar a modos más comprensivos del análisis sociopolítico histórico. Gobierno efectivo y práctica cultural importan, pero operan en el dominio del capitalismo global, que limita los poderes estatales y a las comunidades populares, la habilidad de los primeros para gobernar y de los últimos para reclamar acción más allá de la cultural.

Los historiadores y teóricos sociales que han guiado esta investigación continúan siendo importantes para encontrar un camino hacia adelante. Mientras Gilly y Barrington Moore escribían sus análisis enfocados en el juego de fuerzas sociales, poderosas y populares, y el poder estatal en los años sesenta y setenta, las movilizaciones populares confrontaron a los Estados nacionales en todo el globo. Cuando Katz y Theda Skocpol agregaron dimensiones internacionales a los análisis socioeconómicos y políticos a finales de los años setenta e inicios de los ochenta, las presiones populares estaban disminuyendo (excepto en América Central) y la globalización se aceleraba. A principios de la década de 1990, Jonathan Brown y Gilly mostraron de qué manera el petróleo había dado forma a la Revolución de 1910 y al régimen de consolidación en la década de 1930; para entonces la globalización capitalista mandaba y recibía al régimen mexicano por medio del TLCAN.

Estos análisis permiten reconocer la creciente importancia de las fuerzas globales en dar forma a las historias nacionales. En el proceso, no debemos desviarnos de los hallazgos iniciales de Moore y Gilly: los poderes del régimen se desarrollan históricamente en el vórtice de negociaciones complejas entre fuerzas sociales movilizadas políticamente, aquellas que gobiernan la producción y aquellas que trabajan. Muchos entienden el momento clave de 1994 en México como si se hubiera desarrollado en la intersección entre el capitalismo global y el poder del Estado; muy pocos se preguntan acerca de los roles cambiantes de las élites mexicanas conforme enfrentan la incorporación dependiente a un nuevo sistema capitalista global, gobernado por jerarquías de poderes financieros integrados; casi nadie se enfoca en las formas de producción, que con tecnologías ahorradoras de trabajo minimizan el poder político de los grupos populares, a la par que los Estados diluyen los salarios y la organización de los trabajadores para “facilitar la competencia”.

Desde que Moore y Gilly escribieron en las décadas de 1960 y 1970, los Estados nacionales han perdido autonomía, los poderes económicos se han

vuelto más globales y los grupos populares resultan menos capaces de requerir cuentas a cualquiera de ellos. La postura de la que ellos fueron pioneros, y que Gilly revisó con una perspectiva internacional en *El cardenismo*, continúa siendo esencial. Debemos continuar preguntándonos cómo es que los poderes estatales son moldeados por los poderes económicos y las formas de producción, aun cuando éstas últimas se vuelven menos nacionales y más globales. En el esfuerzo, el énfasis de Cardoso en los Estados y élites nacionales como agentes-mediadores del poder global, y la insistencia de Adams en la importancia de los poderes derivados de fuerzas externas, ofrecen una perspectiva certera. En un caso ejemplar, Jeffrey Paige revisó a Moore para comprender cómo las naciones centroamericanas se movieron de los conflictos revolucionarios en la década de 1980, a la globalización con democratización limitada en la década de 1990.

Toca hacer una nota final: al enfatizar las relaciones estructurales, internas y externas, no he propuesto que las estructuras determinaron la historia. Las élites, los comunidades populares y los contendientes por el poder estatal, todos tomaron decisiones en contextos *moldeados* por fuerzas estructurales –pero tomaron *decisiones*.

Carranza y Obregón pudieron haberse aliado con Villa, Zapata o ambos, en 1914, y haber negociado con el capitalismo desde una posición de mayor fuerza nacional; en el poder, pudieron haber mantenido sus promesas de reforma agraria y derechos laborales. Bajo el mando Constitucionalista, las comunidades rurales sí continuaron en cambio presionando para obtener tierra y autonomía, y los trabajadores demandaron mejores salarios y derechos en su lugar de trabajo. Cuando la depresión debilitó al capitalismo, la movilización de campesinos y trabajadores permitió a Cárdenas acelerar las reformas de la tierra y el trabajo, y presionar a Estados Unidos en la nacionalización del petróleo de 1938. Cárdenas *decidió* negociar con base en las demandas populares para reclamar un nuevo trato para México.

Miguel de la Madrid y Carlos Salinas pudieron haber permitido la elección de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988, ayudando a México a adaptarse a la globalización con una democratización temprana, sindicatos más fuertes y comunidades rurales más viables. En lugar de esto, *eligieron* una ruta autoritaria hacia el neoliberalismo, aplastando el poder de los sindicatos y terminando con los derechos de la comunidad. El pacto de 1994 emergió de las decisiones políticas tomadas en un contexto estructural sin precedente. La globalización, el colapso del desarrollo nacional mexicano, y el debilitamiento de las comunidades rurales y los sindicatos, nacional y globalmente, facilitaron la decisión de Salinas. Aun así, él y sus aliados tecnócratas pudieron haber abierto la arena política democrática al mismo tiempo que ligaban a México con Estados Unidos y la globalización. Si

la democracia hubiera llegado entonces, una mayor preocupación por el bienestar popular podría haber marcado el nuevo lugar de México en Norteamérica y el mundo. Debemos comprender las *estructuras* y las *decisiones* para comprender la historia.

Traducción de NANCY STEINBERG NOSNIK

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, Richard, *Energy and Structure*, Austin, University of Texas Press, 1975.
- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer, *In the Shadow of the Mexican Revolution*, Austin, The University of Texas Press, 1993.
- Ávila, Alfredo, *En nombre de la nación*, México, Taurus, 2002.
- Baily, Samuel, *The United States and the Development of South America, 1945-1975*, Nueva York, New Viewpoints, 1976.
- Braudel, Fernand, *Civilization and Capitalism*, vol. 2: *The Wheels of Commerce*, trad. de Sian Reynolds, Nueva York, Harper and Row, 1982.
- Brown, Jonathan, *Oil and Revolution in Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1993.
- Cárdenas, Enrique, *La política económica en México, 1950-1994*, México, FCE, 1996.
- Cardoso, Fernando Henrique, "Associated Dependent Development: Theoretical and Practical Implications", en Alfred Stepan (ed.), *Authoritarian Brazil: Origin, Policies, and Future*, New Haven, Yale University Press, 1973, pp. 142-178.
- Centeno, Miguel, *Democracy within Reason: Technocratic Revolution in Mexico*, 2a. ed., University Park, Pennsylvania State University Press, 1997.
- Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana*, México, Era, 1968.
- De la Peña, Guillermo, "Civil Society and Popular Resistance", en Servín, Reina y Tutino (eds.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change*, Durham, Duke University Press, 2007.
- Estrada Saavedra, Marco, *La comunidad armada rebelde y el EZLN*, México, El Colegio de México, 2007.
- Flynn, Dennis y Arturo Giraldez, "Born with a 'Silver Spoon': The Origins of World Trade in 1571", *Journal of World History*, vol. 6, núm. 2, 1995, pp. 201-221.
- , "Cycles of Silver: Global Economic Unity through the Mid-Eighteenth Century", *Journal of World History*, vol. 13, núm. 2, 2002, pp. 391-427.
- Fulwider, Benjamin, "Driving the Nation: Road Transportation and the Post-Revolutionary Mexican State, 1925-1960", tesis, Georgetown University, 2009.
- Gilly, Adolfo, *La revolución interrumpida*, México, El Caballito, 1971.
- , *El cardenismo: una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994.
- González Casanova, Pablo, *Democracy in Mexico*, Nueva York, Oxford University Press, 1970.

- González y González, Luis, *Los días del presidente Cárdenas*, México, El Colegio de México, 1981.
- Haber, Stephen, Armando Razo y Noel Maurer, *The Politics of Property Rights*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- Hall, Linda, *Oil, Banks, and Politics*, Austin, University of Texas Press, 1995.
- Hamilton, Nora, *The Limits of State Autonomy: Pos-Revolutionary Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1982.
- Hart, John, *Revolutionary Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1987.
- , *Empire and Revolution*, Berkeley, University of California Press, 2002.
- Joseph, Gilbert, *Revolution from Without*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.
- Katz, Friedrich, *The Secret War in Mexico*, Chicago, University of Chicago Press, 1981.
- , *The Life and Times of Pancho Villa*, Stanford, Stanford University Press, 1998.
- La Botz, Dan, *Mask of Democracy: Labor Suppression in Mexico Today*, Boston, South End Press, 1992.
- Medina Peña, Luis, *Hacia el nuevo Estado*, México, FCE, 1994.
- Meyer, Lorenzo, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917-1942*, México, El Colegio de México, 1972.
- Middlebrook, Kevin, *The Paradox of Revolution: Labor, State, and Authoritarianism in Mexico*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1995.
- Moore, Barrington, *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon Press, 1966.
- Padilla, Tanalís, *Rural Resistance in the Land of Zapata*, Durham, Duke University Press, 2008.
- Paige, Jeffrey, *Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America*, Cambridge, Harvard University Press, 1998.
- Paz, Octavio, *The Labyrinth of Solitude*, trad. de Lysander Kemp, Nueva York, Grove Press, 1961.
- Ramos, Samuel, *Profile of Man and Culture in México*, trad. de Peter Earle, Austin, University of Texas Press, 1962.
- Reina, Leticia y Elisa Servín (eds.), *Crisis, reforma y revolución*, México, Taurus, 2002.
- Rousseau, Isabelle, *Mexico: ¿Una revolución silenciosa? 1970-1995*, México, El Colegio de México, 2001.
- Schettino, Macario, *Cien años de confusión: México en el siglo xx*, México, Taurus, 2007.
- Scott, Robert, *Mexican Government in Transition*, Urbana, University of Illinois Press, 1964.
- Servín, Elisa, *Ruptura y oposición*, México, Taurus, 2001.
- , Leticia Reina y John Tutino (eds.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change*, Durham, Duke University Press, 2007.
- Skocpol, Theda, *States and Social Revolutions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.
- Székely, Gabriel, *La economía política del petróleo en México, 1976-1982*, México, El Colegio de México, 1983.

- Tutino, John, *From Insurrection to Revolution in Mexico: Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940*, Princeton, Princeton University Press, 1986.
- , “Revolutionary Confrontation, 1913-1917: Regional Factions, Class Conflicts, and the New National State”, en Thomas Benjamin y Mark Wasserman (eds.), *Provinces of the Revolution*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990.
- , “The Revolution in Mexican Independence: Insurgency and the Renegotiation of Production, Property, and Patriarchy in the Bajío, 1800-1855”, *Hispanic American Historical Review*, 1998, vol. 78, núm. 5, pp. 367-418.
- , “Globalizaciones, autonomías y revoluciones”, en Reina y Servín (eds.), *Crisis, reforma y revolución*, México, Taurus/Conaculta/INAH, 2002, pp. 25-85.
- , “The Revolutionary Capacity of Rural Communities: Ecological Autonomy and Its Demise”, en Servín *et al.* (eds.), *Cycles of Conflict*, 2007.
- , *Making a New World: Founding Capitalism in the Bajío and Spanish North America*, Durham, Duke University Press, 2011.
- , “Capitalist Foundations: Spanish North America, Mexico, and the United States”, en John Tutino (ed.), *Mexico and Mexicans in the Making of the United States*, Austin, University of Texas Press, 2012.
- Warman, Arturo, “The Political Project of Zapatismo”, en Friedrich Katz (ed.), *Riot, Rebellion and Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 1988.
- , *El campo mexicano en el siglo XX*, México, FCE, 2002.